

Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón en conexión por video desde Milán, 19 de mayo de 2021

Textos de referencia: L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, Crear huellas en la historia del mundo, Encuentro, Madrid 2019; capítulo 3, punto 3: «Un Pueblo que continuamente se deshace y se reconstruye» y los capítulos 1 y 2 del libro J. Carrón, ¿Hay esperanza? La fascinación de un descubrimiento (en proceso de publicación) disponibles online en la web de CL.

- *Mare nostrum*
- *Il mio volto*

Gloria

¡Buenas noches a todos! Trabajando sobre los primeros capítulos del libro que propone el contenido de los Ejercicios de la Fraternidad, a muchos os ha sorprendido esta mirada a la propia humanidad (marcada por el miedo, el malestar o la angustia) que ha salido a la luz “a lo grande” durante la pandemia. Pero precisamente la circunstancia de la pandemia nos ha hecho conscientes de que miedo, malestar, angustia forman parte del tejido de nuestro yo. El viernes por la noche en los Ejercicios se abrió un camino que ha hecho descubrir un mundo a los que han secundado la provocación de la propuesta.

Una amiga nuestra, que lleva veinte años en el movimiento, escribe: «Después de los Ejercicios, un momento de gran gracia, sentí un enorme dolor. Tú empezabas afrontando sentimientos profundos, como miedo, malestar, incertidumbre, angustia. “Muchos sentimientos, que quizá nunca nos habíamos confesado a nosotros mismos y sobre los que nos habíamos preguntado poco”. En algunos grupos de Escuela de comunidad, estos sentimientos han encontrado ahora “derecho de ciudadanía” y se les trata con gran espacio y respeto». Y se pregunta: «¿Por qué antes no?! Expresar un malestar se ha calificado durante demasiado tiempo como un signo de “inmadurez”. La tristeza se definía como “un paso que tienes que dar tú”. ¿Es que necesitábamos un “salvoconducto” para poder reconocerlos y ponerlos sobre la mesa? Este es el motivo de mi dolor. Necesito que todo mi yo esté unido, realmente completo». Quiere saber por qué hasta ahora no se había planteado. Y me resulta extraño porque la experiencia del encuentro con el movimiento es precisamente lo que me ha permitido mirar toda mi humanidad. A eso nos ha animado siempre don Giussani: «No debemos archivar nada, [...] ni censurar, olvidar o renegar de nada» (*L'io rinasce in un incontro. 1986-1987*, Bur, Milán 2010, p. 55). Por eso me sorprende que persista esta dificultad para mirar a la cada nuestra humanidad. Ya en uno de los primeros textos del movimiento, *Huellas de experiencia cristiana*, escribía que un hombre verdaderamente comprometido consigo mismo no puede evitar la «experiencia de la impotencia y de la soledad» (*El camino a la verdad es una experiencia*, Encuentro, Madrid 2007, p. 69). Y el capítulo quinto de *El sentido religioso* es un “festival” de esta mirada hacia lo humano. Habla, de hecho, de tristeza, soledad, espera, nostalgia. Por tanto, es un dato de hecho que en la propuesta de don Giussani hay una mirada completa a lo humano –una mirada que tiene su origen en Jesús–; y que nos introduce en ella, como afirmaba en 1998 en la plaza de San Pedro (lo hemos estudiando en la Escuela de comunidad) citando la famosa frase de Jesús: «¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si luego se pierde a sí mismo?». Y comentaba –con toda su capacidad de ternura que tan bien conocemos–: «¿No he escuchado jamás dirigirme ninguna otra pregunta que me dejara tan cortada la respiración como esta de Cristo! Ninguna mujer ha escuchado jamás otra voz que hablara de su hijo con la misma ternura original, con la misma valoración indiscutible del fruto de su seno [...] únicamente la voz del hebreo Jesús de Nazaret [...]. Solamente Cristo se toma toda mi humanidad en serio» (*Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 2019, pp. 13-14). Pero por lo que dice nuestra amiga y por lo que muchos habéis señalado al empezar a trabajar sobre los Ejercicios, resulta evidente que no basta con leerlo en los libros para que esta mirada llegue a ser nuestra. Hay que descubrirla en la experiencia.

Hola, buenas noches a todos. Me ha impactado mucho la expresión de Rilke «distráido por las expectativas». De hecho, aunque con un montón de tareas y cosas que hacer, es imposible sofocar del todo nuestra necesidad, porque suceden hechos que me provocan y me recuerdan que soy espera. Hace

unos días en clase pedí a mis alumnos un trabajo sobre la soledad y, al devolvérselo corregido, una chica vino a mi mesa con un folio en la mano diciéndome: «Profe, me he apuntado todas las preguntas que me ha escrito y me gustaría hablar». Junto a varias afirmaciones que ella hacía, del tipo: «He visto que la soledad solo se puede vencer si le pones máscaras porque me da miedo hablar de mis debilidades, siempre me traicionan», yo le escribía: «¿Pero así eres feliz? ¿Por qué ahora no te pones una máscara y te abres conmigo?». Al salir de clase me confesó que nunca había encontrado a nadie que tomara en serio su herida y que, cuando estaba en enseñanzas medias, cuando también a través de un trabajo pidió ayuda a un profesor, él había bajado la mirada porque aquello era «demasiado personal». Luego añadió: «Profe, me han traicionado muchas veces y mis máscaras me sirven para defenderme, pero no soy capaz de vencer mi soledad, y desde que la conozco deseo ser amada y aprender a amar a los demás de una manera más verdadera». En ese momento toda mi necesidad volvió a aflorar y le dije enseguida: «¡A mí también me pasa! ¡Gracias por recordármelo!». ¡Ahí estaba lo que esperaba de mis quehaceres! Un instante en que el corazón descansa. Pero al día siguiente sucedieron varias cosas que volvieron a encerrarme en mis pensamientos y en la tristeza. ¿Y lo que había pasado el día anterior? ¿Dónde había ido a parar? Entonces me pregunto cómo se aprende de la experiencia. ¿Qué significa que se puede experimentar un descanso que «custodia y exalta la espera»? Creo que todavía tengo que conocer mi necesidad para no depender del viento que me arrastra hacia un lado u otro. ¿Pero cómo?

¡Estupendo! Podemos haberlo visto suceder: tu alumna se sorprende por tu mirada, sientes un sobresalto (porque era lo que esperabas), pero un instante después te encierras en tus «pensamientos y en la tristeza», y de nuevo no sabes cómo mirarte a ti misma. Esto identifica claramente la dificultad que tenemos. La única forma que encuentra esta chica para superarlo es enmascarar la pregunta, la espera, la nostalgia, ¡pero lo que desea de verdad es ser ella misma! Por eso esperaba ser alcanzada por una mirada como la tuya. Muchas veces podemos quedarnos en la constatación de nuestro encierro, en nuestros pensamientos y en nuestra tristeza, pero ese no es el problema. Me interesa que aprendas de tu experiencia, de lo contrario al día siguiente será como si no hubiera pasado nada, a pesar de que haya sucedido. Por eso comprendo lo que dices: «Creo que todavía tengo que conocer mi necesidad». Espero que esta noche podamos ayudarnos a mirar bien esta necesidad.

Una persona que no podía conectarse me escribe diciendo que ella también tiene esta dificultad. Antes vivía la nostalgia «como una maldición». Pero ahora, después del trabajo de estos años en la Escuela de comunidad, está aprendiendo dos cosas: a mirar esta nostalgia –primero– «con curiosidad» y –segundo– «como una invitación, una posibilidad de encuentro con el Misterio que es carne de las personas con las que me encuentro». Para poder descubrirlo tenemos que mirar nuestra experiencia sin censurar nada. Pero hace falta tiempo para entender cómo poder vivir esos momentos en que «el corazón entra en crisis» y se rompe –y esta es la pregunta que plantea– «como un camino y no como un obstáculo».

Me inscribí hace tres años a la Fraternidad, pero aún no había podido ir a los Ejercicios de manera presencial (por un motivo u otro), así que me habría encantado poder hacerlo este año. El viernes me impactó mucho cómo hablabas de la espera y el sábado por la mañana entendí concretamente por qué. Recitar laudes, rezar juntos, escuchar los cantos volvió a despertar con fuerza todo mi deseo de felicidad ese día, hasta llegar a decir: «¡Lo que quiero hoy es ser feliz!». Era evidente que en realidad esa espera siempre ha estado en mi corazón, pero necesito dejarle tiempo y espacio para que emerja cada día, sin hundirla ni ahogarla entre mis preocupaciones cotidianas. Por eso agradezco mucho que nuestros gestos comiencen siempre con oraciones y cantos que nos ayudan a tomar conciencia de esta espera que anida en el corazón cada mañana. Aparte de esto, me llamó muchísimo la atención la potencia de un gesto vivido de verdad. Como decía, habría preferido sin duda estar en Rímini para sumergirme en él, pero estar en casa ha sido una gran ocasión. De hecho, me ha sorprendido mucho que también los ratos libres, cuando no estábamos conectados, trabajando o con los amigos con los que seguía los Ejercicios, los vivía con una intensidad sorprendente, nueva. Era como si viviera toda la jornada dentro del evento de los Ejercicios, todo era «Ejercicios», digamos. Todo lo vivía frente a

*ese evento que me recordaba tan claramente para qué estoy hecho y a qué nivel quiero escuchar mi corazón. Incluso los momentos perdidos (esto es lo que más me ha sorprendido) estaban marcados por esta intensidad. El ejemplo es simple y casi tonto, pero se me ha quedado grabado: en un momento de cansancio, estaba ahí –como me pasa todos los días– perdiendo el tiempo en Instagram, supuestamente para «relajarme», cuando, entre una cosa y otra, mientras iba pasando imágenes, pensé: «Ay, dentro de dos horas tengo que conectarme para los Ejercicios». Inmediatamente, como un resorte, dejé el teléfono y me puse a trabajar. Es un ejemplo pequeño, pero me sentí exactamente igual que el niño del ejemplo que tú nos pones: cuando hace alguna trastada, basta que el padre entre en la habitación y enseguida se da cuenta de la tontería que está haciendo. Pues bien, los Ejercicios han sido un gesto que ha marcado todo el tiempo que vivía esos días, porque me recordaban esa Presencia delante de la cual, como un niño delante de su padre, es realmente sencillo recordar cómo quiero vivir. ¡Es precioso lo que has visto en la naturaleza de nuestros gestos! Esa es la genialidad de don Giussani: generar gestos que nos introducen en un tipo de experiencia que nos permite entender lo que nos quieren comunicar. Sumergiéndote en los Ejercicios, has percibido que la espera de la que hablábamos estaba sucediendo en ti. La respuesta a nuestro deseo de vivir no es una explicación teórica, por muy justa que sea. No bastan las explicaciones, hay que sumergirse en un gesto que nos permita experimentar el significado de las palabras. Es estupendo cuando Giussani dice: «Una definición [es decir, una explicación] ha de formular una conquista ya conseguida; de lo contrario sería la imposición de un esquema» (*Los orígenes de la pretensión cristiana*, Encuentro, Madrid 2011, p. 75). Nunca me cansaré de repetirlo porque debemos conquistar el significado de las palabras desde dentro de nuestra experiencia. Un gesto es la inmersión en una experiencia que nos permite entender las cosas, por eso te alegras por lo que has experimentado durante los Ejercicios. «Todo lo vivía frente a ese evento». No solo el evento sino que, a partir de ese evento, todo lo demás se vive con la misma espera. De hecho, decías que esos días los Ejercicios marcaban todo el tiempo porque te recordaban esa Presencia delante de la cual es fácil recordar cómo queremos vivir. Los Ejercicios son una experiencia humana que nos introduce en el significado, según el método de Dios: para hacernos entender el amor, el Misterio nos hace vivir la experiencia de ser amados. Para hacernos entender la espera, el movimiento la despierta en nosotros a través de los cantos y lo que nos decimos. Entonces, ¿cómo descubrimos en lo cotidiano el valor de la palabra «espera»? Veamos cómo el método es el mismo, en los Ejercicios y en la vida normal.*

El domingo fuimos unos cuantos de excursión por el cumpleaños de un amigo. La jornada fue bien: vimos cosas bonitas, comimos y nos divertimos. Pero a pesar de ello, a medida que la jornada llegaba a su término, crecía dentro de mí una gran nostalgia, un “agujero”, digamos. Volviendo en el tren, me reconocía totalmente en el verso de la poesía de Ungaretti: «Mi corazón / hoy / no es sino un latido de nostalgia». La tristeza era tan fuerte que me daban ganas de llorar, y tras unos minutos intentando contener las lágrimas tuve que ceder y contarle a mi novio, que estaba allí conmigo, ese dolor que sentía. Ese momento con él fue el inicio del cambio: la presencia de alguien de fuera que me perdona mis errores, que me ama de verdad y delante del cual puedo decir que quiero más. Ya no me sentía sola, había alguien que me miraba con certeza. Durante la jornada me había dolido especialmente haber tratado mal en cierto momento a una amiga, enseguida le pedí perdón pero la disculpa no bastaba para borrar mi medida. Luego esa amiga me mandó un mensaje, diciéndome que aquel «perdóname» había sido el único momento de la jornada en que se había sentido mirada. No me lo podía creer. Me lo decía a mí, cuando yo misma me había dado por perdida. Ese mensaje nos ayudó a preguntarnos qué nos había faltado ese día. Me contó que durante el viaje de vuelta, en el coche donde ella iba, todos habían mostrado esa nostalgia, igual que yo, y de esa tristeza había surgido una conversación entre ellos. En mi corazón se abrió paso una ternura desmedida por todos los que habían estado conmigo ese día, los sentía mucho más amigos que antes. Gracias a esto he podido entender de verdad lo que dice la Escuela de comunidad: «Las preguntas últimas que nos constituyen, que se afirman en el fondo de nuestro yo, representan el factor con el que comparamos cualquier propuesta, cualquier perspectiva, cualquier encuentro» (¿Hay esperanza?, cap. 1). Involuntariamente, lo había

hecho, y por eso sentía ese malestar, por una falta de correspondencia. Pero lo que acabó cambiándolo todo, y sobre todo mi mirada hacia mis amigos, fue darme cuenta, recordando también la diaconía que los universitarios habíamos tenido contigo, de que esa inquietud que sentía, gracias a la compañía de estos amigos tan audaces, era realmente el criterio para interceptar aquello para lo que mi corazón está hecho, y ya no era una condena ni una medida.

De tu relato me sorprende que la nostalgia, que habría podido arruinarte la jornada, es precisamente lo que la hace más intensa, como relación contigo misma y con tus amigos. Como vemos, es una experiencia que nos introduce en el significado de cosas que nos cuesta mirar (la tristeza, la espera, la nostalgia). Del reconocimiento de la tristeza que experimentabas nació un diálogo entre vosotros y «una ternura desmedida por todos los que habían estado conmigo ese día, los sentía mucho más amigos que antes». Muchas veces nos parece que estas experiencias humanas (la tristeza, la nostalgia, la espera) nos pueden arruinar la jornada, cuando en realidad son precisamente lo que intensifican nuestra relación con todas las cosas. Cuando vivimos esta experiencia, empezamos a entender un poco mejor por qué el Misterio nos ha hecho tal como somos.

Hola a todos. Acababa de escribir mi intervención para esta Escuela de comunidad, donde decía que, al cabo de mis primeros sesenta y un años, por fin puedo cantar mi liberación. De hecho, aceptar el desafío de la realidad poniendo en juego este criterio, que no es mío pero es mío, es el único camino que me permite decir «yo» y responder positivamente a la pregunta: «¿Hay esperanza?». Luego me refería a dos experiencias: una trágica (hace unos días un joven de diecinueve años, al grito de «Yo soy Dios», entró en su antiguo colegio y se puso a disparar, causando una masacre), la otra de una belleza increíble y pacificadora en el trabajo, que vivo como una cinta que me transporta de manera privilegiada hacia el destino. Por último, el descubrimiento de que ambas experiencias están preñadas de una nostalgia infinita, único criterio para sorprender y mendigar a Cristo en el instante presente. Pues bien, lo acababa de escribir cuando me he topado, inesperadamente, con una página increíble de don Giussani sobre la tristeza: «Que la vida sea triste es el argumento más fascinante para hacernos comprender que nuestro destino es algo grande [...]. Y cuando este misterio nos sale al encuentro, [...] esa fascinación se vuelve cien veces mayor». ¡Precioso! Pero después sigue: «No te quita la tristeza», ni a nosotros ni a los apóstoles. Primer golpe: yo pensaba que nos la quitaría y lo justificaba pensando que la idea correcta era “más alegría, menos añoranza”. Pero no, la idea correcta es bien distinta: «La tristeza es la condición en la que Dios ha puesto al corazón en la existencia humana, para que el hombre no sufra jamás tranquilamente la ilusión de que lo que tiene le puede bastar. La tristeza forma parte integrante de la existencia del hombre, del camino hacia su destino, y está presente en todos nuestros pasos [...]. Cuanto más amas el paso que estás dando, cuanto más bello es para ti, cuanto más encantador, cuanto más tuyo, tanto más comprendes que te falta lo que verdaderamente esperas» (¿Se puede vivir así?, Encuentro, Madrid 2007, pp. 288-289). ¡De otro mundo! ¡Es justo lo que me falta! Es decir, entender cuál es el lugar de la tristeza, la añoranza, la nostalgia, en nuestro camino al destino. Y como me cuesta entender su lugar en el diseño de Dios, sufro esa añoranza o la elimino, en vez de amarla porque nos lleva al destino.

El texto que has leído confirma una vez más lo que decía al principio citando esos fragmentos de don Giussani, que siempre tuvo una mirada llena de atención hacia los aspectos fundamentales de lo humano que constituyen nuestro ser. El hecho de leer desde tan joven a Leopardi durante un verano entero ya dice lo decisivas que eran en su vida esas experiencias tan humanísimas que veía en Leopardi. ¿Por qué la tristeza es tan importante? Porque para don Giussani es un «instrumento significativo del diseño de Dios» (¿Se puede vivir así?, op. cit., p. 288) que nos permite entender qué somos y qué esperamos. Debemos amar nuestra añoranza, nuestra nostalgia, precisamente porque según Su diseño forman parte del camino hacia el destino. Pero esa tristeza, que podemos entender teóricamente o repetir con palabras (todos hemos «estudiado» *El sentido religioso*), muchas veces es como si nos molestara, porque no sabemos cuál es su lugar en nuestra vida. Giussani dice que, si eliminamos algo de la realidad, no podremos dar una explicación adecuada de todos los factores de la experiencia. Por eso no elimina nada, sino que descubre —este es el trabajo que debemos hacer también nosotros— el

lugar de cada cosa en el designio de Dios. Y esto hace todo distinto, hace tuya y mía cada cosa, como decíamos antes.

A menudo, esta mirada de ternura hacia nuestra humanidad es justo lo que nos falta. Siempre me ha asombrado una frase donde Giussani identifica lo que nos falta a los cristianos modernos: «En el clima moderno, nosotros los cristianos nos hemos separado no de las fórmulas cristianas [...], no de los ritos cristianos [...] [ni] de los Diez Mandamientos. Nos hemos separado del fundamento humano, del sentido religioso. Tenemos una fe que ya no es religiosidad. Vivimos una fe que ya no responde como debería al sentimiento religioso; tenemos por tanto una fe [¡atención!] no consciente, una fe que ya no tiene inteligencia de sí misma» (L. Giussani, «La conciencia religiosa del hombre moderno», Chieti 1986, en A. Savorana, *Luigi Giussani. Su vida*, Encuentro, Madrid 2015). Por eso muchas veces, como decía la primera intervención que he leído, nos cuesta hablar del miedo, el malestar, la angustia; o bien los queremos eliminar, porque no sabemos darles su lugar. Mientras que lo humano que hay en nosotros es fundamental en la forma en que Giussani percibe el cristianismo y la fe. Por eso nos interesa entender de verdad el lugar que todas estas experiencias humanísimas ocupan en el designio de Dios.

Hola, buenas noches a todos. Retomar los dos primeros capítulos del libro de los Ejercicios ha sido para mí como reabrir una herida porque ha vuelto a poner sobre la mesa con mucha fuerza algo que –tengo que reconocerlo– tal vez siempre ha estado ahí como una cuestión sin resolver. Lo inesperado es que empiezo a vislumbrar que esta cuestión sin resolver es un recurso y no una objeción en mi camino, posibilidad de un despertar en mí como conciencia, razón y afecto, es decir, una oportunidad para estar disponible para el Misterio dentro de las cosas cotidianas y no algo que superar de una vez por todas. Al tomarme en serio, puedo decir que la jornada comienza y se retoma continuamente con intensidad. Nada quita esa inquietud que no me deja estar tranquilo, pero paso a paso me guía hacia una relación con la realidad, una relación con el presente, un vínculo. Reconozco que la responsabilidad, como decisión de la libertad, siempre es posible, y en ciertos momentos saboreo toda su potencia, pero también es lo más frágil porque está en mis manos. ¿Cuál es el secreto para no perder esta postura en las tareas de todos los días? Si la compañía no me sustituye en esta decisión, ¿qué valor tiene nuestra compañía?

Lo primero que hay que tener en cuenta es que esta compañía es justamente la que te está enseñando a mirar todas estas experiencias humanísimas no como objeción, sino como recurso. ¡Esto era lo que menos te podías esperar de un gesto como los Ejercicios! Este es el valor de la compañía, la ayuda que te ofrece. Te muestra, igual que Jesús mostraba a los discípulos, cómo mirar toda la vorágine de tu humanidad. «¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si luego se pierde a sí mismo?». Cristo, como nos enseñó don Giussani, mira con ternura toda nuestra humanidad. Nadie se toma en serio nuestra humanidad como Jesús. Por eso la tarea de nuestra compañía es ayudarnos a mirar esa parte de nuestra humanidad que queríamos –como decía la alumna de nuestra amiga– «tapar con una máscara», que nos gustaría apartar constantemente, porque la percibimos como un obstáculo; nos ayuda a cambiar la mirada a nuestra humanidad. Podemos participar en la vida del movimiento “desde hace siglos” pero mirar nuestra humanidad como un obstáculo, como algo que apartar, como signo de «inmadurez». Como si así esperásemos dejarla fuera definitivamente poco a poco. En cambio, Jesús despierta nuestra humanidad. Como decías, despierta tu yo con todas sus exigencias y por tanto con toda su nostalgia, con toda su ausencia –«¿De qué es ausencia esta ausencia, / corazón?», decía Luzi («Di che è mancanza...»), en *Sotto specie umana*, Garzanti, Milán 1999, p. 190)–, porque si no, tú no podrías reconocer en cada paso de tu camino a Aquel que viene a responderlas. Esta es la contribución que podemos ofrecer hoy a tanta gente con la que nos encontramos (con sus heridas e intentos de ocultar – con sus «máscaras»– el malestar que sienten): mirarlo de un modo distinto.

Me ha impactado mucho una frase que decías al empezar los Ejercicios: el impacto de las circunstancias es inevitable, pero que ese impacto se convierta en provocación no podemos darlo por descontado. Es verdad. No tiene nada que ver cuando vivo las circunstancias como una provocación para mí. Cuando me miro en acción, me doy cuenta de que en mi vida todo es un diálogo, siempre. Yo

nunca soy la misma, la realidad que me sale al encuentro nunca es igual. Reconocer un diálogo, acoger la provocación de la realidad, tiene un origen en mí. Lo más grande que me ha pasado es justamente este regalo, esta gracia: poder retirar el velo de la realidad, poder ver lo que hay dentro, poder plantear siempre, en cualquier circunstancia, ante cualquier hecho o aspecto de mí misma, una pregunta que pide un significado. Ahí está mi esperanza, en la certeza de esta pregunta inextirpable y siempre posible, que abre una brecha en la realidad y me pone en diálogo, me vuelve a poner delante de la certeza de una Presencia que dialoga conmigo. Hay momentos en que me iría al fin del mundo solo por esta certeza, y momentos en que solo soy capaz de defenderme porque la realidad que tengo delante es demasiado y me da un miedo atroz atravesarla tal como se presenta. En estos casos, bloqueo la realidad, la manipulo, la someto a mis esquemas para ahorrarme el vértigo de una espera que no sé afrontar. Es una lucha a cada instante, entre mi imagen (y mis esfuerzos por alcanzarla) y esa pura espera. Hace unos días, un precioso domingo soleado, tuve que batallar realmente entre lo que yo pienso que me hace feliz y lo que tenía delante, que no era una excursión por la montaña, como me habría gustado. Volvía a abrirse paso esa petición de un significado que esté a la altura para no huir de esta lucha, para buscar cualquier rastro de Él que me permita descubrir dónde me está esperando, para no perder el día persiguiendo mis pensamientos, que me arrancan del presente. ¡Qué lucha! Pienso en mi hermana, que acaba de ser madre. A ella, con un corazón casi tan inquieto como el mío, no le supone un esfuerzo estar delante de lo que hay, porque lo que hay es ese bebé que se le ha confiado para que lo cuide. Imagino que ciertos días serán para ella absolutamente normales, sin fuegos artificiales que yo tantas veces confundo con el significado, con el valor de mis días. ¿Y yo, que recorro el camino de la vocación en los Memores Domini? ¿Es que yo no tengo alguien que cuidar, alguien a quien responder, alguien que me espera? Claro que lo tengo, y es una relación viva, que puedo decidir cuidar o no. Es un diálogo con el Amado, que vuelve a conquistarme a través de miles de cosas que son Su reflejo. Gracias porque tu sí, como el de un amigo de verdad, a esta relación con Él es la mayor ayuda que puedo recibir.

«Cuando me miro en acción, me doy cuenta»: este es el método que nos ofrece constantemente Giussani. Cuando uno vive intensamente su humanidad, cuando vive intensamente la realidad, descubre cómo suceden las cosas y cuál es su significado. Cuando partimos de la experiencia, cuando nos miramos en acción, ¿qué vemos? Que es verdad lo que nos decimos. No tiene nada que ver cuando vivimos las circunstancias como una provocación, hasta tal punto de que cuando uno vive así –dices– «iría al fin del mundo solo por esta certeza», por esta manera de vivir la realidad. Y cuando eso decae, te defiendes de la realidad por «un miedo atroz». Giussani quiere que disfrutemos la realidad entera, pero para ello hay que arriesgar en la realidad y vivirla como una provocación. Provocación, ¿a qué? A un diálogo con el Misterio que hace la realidad, que está en el fondo de la realidad, «un diálogo con el Amado [...] a través de miles de cosas que son Su reflejo». Todo se convierte en ocasión de diálogo con esta Presencia. Sin experiencias como las que contáis, el diálogo con esa Presencia se reduce a algo formal, y entonces no podemos ver cómo la fe responde exhaustivamente a esa pregunta, a esa exigencia de diálogo con el Misterio. Esta es la lucha en que nos embarcamos cada mañana. Una lucha que no acaba nunca.

Pertenezco a la Fraternidad de todo corazón, convencida de este precioso camino que Dios me ha regalado desde que tenía quince años. Tengo cincuenta y siete, y el gusto que siento ahora en mi vida cotidiana es incomparable al de mi juventud.

¿Entendéis? ¡Lo mejor aún está por llegar!

Estos últimos años, sobre todo tras la muerte de mi padre, el Señor me atrae con un hambre y sed de Él que siempre están presentes, pero cada vez son mayores. Experimento dentro de mí yo esta compañía amorosa (lo digo en un susurro, llena de temor) que es de otro, que me acompaña en las cosas banales y cotidianas, que con Él se transforman (a veces) en pequeños milagros, donde Él me dice: «¡Estoy aquí!». Voy al grano. En los Ejercicios experimenté una gran contradicción conmigo misma. La noche del sábado me acosté con una tristeza infinita. Me decía: «Te estás alejando...». Me falta ese nivel –que creo intuir– de la fe que sucede en el yo después (no en un sentido temporal) de

haberlo visto en una humanidad cambiada y en un “lugar”. Me siento como entre rejas. He dado un paso al reconocer que esta contradicción de mi corazón –que es innegable que a veces se siente atrapado– no es una objeción, y que puedo amar al movimiento y a este extraño camino mío.

Perfecto. ¿Ves? Dando pasos, avanzando en el camino, el gusto que sientes en la vida cotidiana es incomparable al de tu juventud. ¿Por qué? Porque cada vez te atrae más el Señor «con hambre y sed de Él», porque te llama a vivir en Su compañía. Pero esta lucha no acaba nunca, y puede pasar que uno sienta una nostalgia, una tristeza, incluso en los Ejercicios; y entonces le parece una contradicción, cuando en cambio es Él que, incluso durante los Ejercicios, te hace experimentar esa tristeza, como si te estuviera preguntando: «¿Pero no te faltó Yo?», para atraerte aún más hacia Él. No es una contradicción. Sin embargo, después de haber experimentado ese gusto que crece, pensamos que eso se contradice con nuestra hambre y sed. No, es una manera mediante la cual, precisamente en el gesto de los Ejercicios, el Señor te llama aún con más fuerza: «¿Pero no te faltó Yo?». Entonces te hace dar, precisamente en los Ejercicios, un paso de conciencia, diciéndote: «Estoy aquí». Está ahí, esperándote.

Hola. Durante un encuentro de la casa, una amiga hizo una pregunta que me pareció muy interesante. Retomando el segundo capítulo de los Ejercicios de la Fraternidad –cuando citas a Simone Weil que afirma: «Los bienes más preciados no deben ser buscados, sino esperados»–, preguntaba: «¿Pero cómo se puede buscar sin esperar? Creo que son dos cosas que no se pueden separar, ¿qué pensáis?». Esta pregunta me provocó mucho y me hizo recordar enseguida una frase que siempre me decía mi madre cuando era pequeña: «A ti nunca te basta nada, no te conformas nunca y siempre buscas, siempre buscas». Lo que ella me decía era cierto. Era y sigo siendo muy inquieta, pero para mí hoy hay una enorme diferencia respecto a entonces. Antes buscaba algo o alguien (pues ella solía referirse sobre todo a los afectos) de manera confusa y desesperada, hoy espero porque lo que buscaba entonces ahora tiene un nombre, un rostro. Después de encontrarme con Cristo ya no busco confusamente, sino que le espero y busco a Él en todo lo que sucede a mi alrededor. El encuentro con Cristo es para mí un punto de no retorno. Él es quien pone en mi corazón esta espera para poder volverlo a encontrar siempre. Ya no estoy sola, y me siento como una buscadora privilegiada que tiene en sus manos el mayor tesoro de la vida.

He aquí el descubrimiento de la gran diferencia: ¿entender por qué seguimos esperando aun después del encuentro cristiano! ¿Quién vuelve a despertar en nosotros esa espera? ¡El propio Cristo! Siempre hemos dicho que el yo de cada uno de nosotros se despierta en un encuentro. Mientras el poder trata de reducir el deseo y de vaciar las preguntas, Cristo exalta el deseo, exalta la nostalgia, exalta la añoranza. Esta es la diferencia. La cuestión es que ahora, como cuando uno se enamora, tú tienes un nombre y un rostro delante del que vivir esa nostalgia. «Después de encontrarme con Cristo ya no busco confusamente, sino que le espero y busco a Él en todo lo que sucede a mi alrededor. El encuentro con Cristo es para mí un punto de no retorno». Esta es una fe que no ha perdido por el camino el sentido religioso, una fe que no se ha separado, como decíamos antes, de su fundamento religioso. Una fe que no tenga esta religiosidad, este fundamento religioso, que no responde como debiera al sentimiento religioso (como vemos a veces) ¡no interesa a nadie! Por eso es crucial entender lo que nos pasa. Muchas veces esperamos que Cristo elimine nuestra nostalgia, la tristeza o añoranza que nos constituye. Pero si lo hiciera, se comportaría igual que el poder, que reduce nuestro yo y vacía nuestra humanidad. En cambio, para que nadie nos tome el pelo, Él exalta todo eso y nos libera de cualquier intento del poder por conquistarnos. El Único que nos puede conquistar es Aquel que corresponde a la espera de nuestro corazón, con una fe que lleva dentro la religiosidad.

Han pasado décadas desde que, cuando conocí el movimiento, descubrí (gracias a la Escuela de comunidad) que yo soy espera. ¿Y ahora? Ahora, esperar es mi verdadero trabajo cotidiano. Con el tiempo –gracias a esta historia– he aprendido que cada vez que hacía el listado de “cosas-cosas”, las cosas “concretas-concretas” que espero y deseo, siempre hay algo más que sigo esperando, algo inagotable que no soy capaz de delimitar. Era, y es, ese Tú. Toda mi espera se ha convertido en objeto de un trabajo, no al final, casi por agotamiento después de tantas preguntas, sino dentro de esas

preguntas. ¿Y ahora? ¿Y entonces? Ahora, Tú. Hoy la espera coincide exactamente con esa pregunta, que es una petición en el corazón de cada amanecer cotidiano: «Rasga los cielos y desciende ahora, hoy». Vivo rastreando dentro de mi jornada el rumor casi imperceptible de Su respiro.

¡Me quedo sin palabras! Cada mañana es «espera [...] en el corazón de cada amanecer cotidiano», y a partir de ahí el día transcurre «rastreado dentro de mi jornada el rumor casi imperceptible de Su respiro». Qué intensidad adquiere entonces cada instante. Si eliminamos esa espera, un testimonio como el que acabamos de escuchar ni lo soñamos, y entonces las jornadas se vuelven planas, insoportables. En cambio, basta «un soplo», como veíamos en otro momento de la Escuela de comunidad, para que todo vuelva a despertar de nuevo y la vida consista en rastrear en cada instante «el rumor casi imperceptible de Su respiro». ¿A quién no le gustaría vivir así cada instante?

Escuela de comunidad. La próxima Escuela de comunidad por conexión será el miércoles 16 de junio a las 21:00 horas.

Durante este periodo trabajaremos sobre el tercer capítulo del libro de los Ejercicios *¿Hay esperanza?* El pdf del capítulo estará disponible en italiano y en los principales idiomas a partir de mañana en la web de CL. También estará disponible la versión audio.

Desde el 3 de junio, el libro *¿Hay esperanza? La fascinación de un descubrimiento* estará a la venta en librerías y en los principales *store* online, en formato papel y e-book.

Vacaciones de verano. Muchas comunidades desean o ya se están organizando para proponer momentos de vacaciones este verano. Antes de decidir si hacerlo o no, en qué condiciones, etcétera, me apremia que cada uno se compare hasta el fondo con la experiencia vivida en este tiempo, para que emerjan de ahí los criterios, también para las vacaciones.

Como hemos visto esta noche, debemos mirar la experiencia que hemos vivido para no perderla en la manera de vivir las vacaciones. Pongo el ejemplo de los últimos Ejercicios de la Fraternidad. He recibido muchísimas cartas de gente que testimonia la experiencia de unidad, de compañía, de pueblo, que ha vivido este año. Todos sabemos en qué condiciones hemos vivido, pero qué raíz tan profunda tiene la experiencia de compañía (como hemos oído también esta noche) que nos propone el movimiento, que es posible vivirla en situaciones tan distintas, como también hemos visto durante este tiempo de pandemia. Quién sabe cuántos de nosotros pueden testimoniar una experiencia así este año, sea cual sea la forma en que nos hayamos acompañado (mediante la Fraternidad, los amigos, la Escuela de comunidad, etcétera). Quien ha experimentado esa «raíz profunda» de la compañía, ese «rumor de Su respiro», ha podido darse cuenta de la gran libertad que ha generado y genera; y también de la creatividad que ha suscitado, dentro de las circunstancias que ha tenido que vivir cada uno. Así podremos afrontar las vacaciones en la situación en que nos encontremos.

En definitiva, nuestra conciencia no radica en hacer o no hacer, sino en descubrir cuál es la verdadera compañía que necesitamos (como decíamos antes), que deriva del reconocimiento de una Presencia que se llama «fe». Solo este reconocimiento crea verdadera comunidad.

Cada uno, comparándose con esta experiencia, podrá valorar con total libertad y responsabilidad, si será posible, y de qué manera, juntarse este verano. Solo partiendo de cómo hemos verificado en nuestra experiencia esa satisfacción real, seremos libres de la forma de vivir las vacaciones en una circunstancia que se presenta todavía complicada, objetivamente hablando. A todos nos gustaría que la situación se aclarase, que las perspectivas estuvieran más definidas y las condiciones nos permitieran estar seguros al 100% de la oportunidad o no de cierto tipo de iniciativas. Ante todo, queremos estar pegados a los hechos, no oponer resistencia sino mirarlos a la cara. Y los hechos nos indican una mejora general de la situación sanitaria. Afortunadamente, cada vez hay más signos de mejora que apuntan a una posible vía de salida. Habrá que ir viendo, todos esperamos que las cosas se arreglen cuanto antes. Las restricciones se van aliviando, pero con cautela; y sería irresponsable y superficial pensar en el verano al grito de “somos libres”. El próximo mes será decisivo para entender la evolución de la situación. Por eso conviene usar la razón y la responsabilidad con seriedad.

En función de estos criterios, cada uno podrá valorar si propone o se suma a vacaciones de personas y familias, bajo su exclusiva responsabilidad y respetando toda la normativa vigente. Estas indicaciones valen para todos, adultos, universitarios, bachilleres y juveniles.

Para que sean realmente vacaciones, es decir, un momento de descanso y compañía real al destino, os invito ante todo a tomar en serio la propuesta que hacemos, por ejemplo, profundizar en los libros sugeridos y encontrarse con personas que puedan testimoniarnos mejor el camino de la Escuela de comunidad de este año.

Estos días podéis encontrar en la web de CL el texto, conocido pero que siempre es útil retomar, «Vacaciones, el tiempo de la libertad», donde don Giussani hace una síntesis de lo que más le preocupaba y siempre nos indicaba para vivir este tiempo. «Las vacaciones deben ser lo más libres posible. El criterio es el de respirar, si puede ser a pleno pulmón», decía en 1997. La promesa es el incremento de nuestra autoconciencia. Apostemos por lo que nos interesa de verdad y a la vuelta nos contamos qué ha sucedido.

Libros para el verano. Para este verano proponemos la lectura de estos textos, todos disponibles también en e-book. En *Huellas* de junio encontraréis la presentación de cada uno de ellos.

- La primera sugerencia es *Attraverso la compagnia dei credenti*, de don Giussani, ediciones BUR, donde se recogen las lecciones y diálogos de don Giussani en los Ejercicios de la Fraternidad de 1994 a 1996.

- Después, *Ho fatto tutto per essere felice. Enzo Piccinini, storia di un insolito chirurgo*, de Marco Bardazzi, ediciones BUR.

Además, siguiendo la sugerencia que siempre nos hacía don Giussani, hemos pensado volver a proponer dos textos literarios “clásicos”:

- *El oficio de vivir*, de Cesare Pavese, ediciones BUR.

- *Diario de un cura rural*, de Georges Bernanos, ediciones San Pablo.

Como oísteis en los Ejercicios, cuando cité algunos fragmentos, estos son dos ejemplos de hombres que, por la sinceridad con que describen la experiencia humana, nos ayudan a medirnos con nuestra humanidad y a no ceder al torpor.

Meeting de Rímíni. Recuerdo que desde el 15 de mayo está abierta la inscripción para trabajar como voluntario, que se cerrará el 15 de junio. Para más información, consultar la web del *Meeting por la amistad entre los pueblos* o dirigirse a la secretaría de voluntarios, en el correo: volontari@meetingrimini.org.

Centenario del nacimiento de don Giussani y convocatoria de concurso. Ante todo os invito a retomar el artículo publicado en la web de CL que resume lo que dijimos en los Ejercicios al presentar la celebración del centenario del nacimiento de don Giussani. Además, comunico que, entre finales de mayo y principios de junio, se publicará la convocatoria de un concurso internacional promovido por la Fraternidad de CL para dos premios de graduación, magistral y doctoral, sobre la figura y obra de don Giussani. Sobre todo para los que trabajan en la universidad, es una ocasión estupenda para suscitar interés en torno a don Giussani y promover su estudio. La convocatoria es internacional, por lo que se puede anunciar en universidades de todo el mundo.

Veni Sancte Spiritus

Buenas noches a todos.